THE HORUS HERESY®

THE GATES OF TERRA

Nick Kyme



A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

A LAS PUERTAS DE TERRA

NICK KYME

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarca

ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales

La Legión de los Ultramarines

ARCADESE	Comandante del Arrecife Ardiente y capitán de los Ultramarines
LEGIONARIO	Teniente de los Ultramarines
LEGIONARIO	Hermano de los Ultramarines

Personajes Imperiales del Arrecife Ardiente

OPERADOR	Operador del Arrecife Ardiente

Personaje Marine Espacial de Malcador el Sigilita

UMOJEN	Hermano bibliotecario

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

—Nuestros puntos de vista no siempre coinciden—dijo uno.

Aquella era una voz educada, anciana pero vibrante de poder, con la cadencia de un estadista o un embajador. En tiempos de la Vieja Terra el imperio de los Romanii habría empleado a un hombre así como maestro espía.

—Pero aunque luchamos esta guerra en dos frentes distintos, parece que nuestros objetivos se alinean por fin.

—Nuestro propósito siempre ha sido el mismo —dijo el otro.

Su timbre era mucho más profundo, y trajo a la mente del primer interlocutor, como tantas veces antes, la imagen de una cámara escavada en piedra. No había resto alguno de transigencia en su tono. Y aun así, lo que le estaba pidiendo era eso: transigencia.

—Son nuestros medios los que difieren —en su voz también había poder, pero marcial en lugar de esotérico: exudaba fuerza, fuerza e intimidación.

—Inmediatez frente a longevidad, ambas no tienen porqué ser excluyentes. Las guerras se ganan con algo más que bólteres y hojas.

El primer hablante no era más que un hombre, un ser inferior al titán que se erguía como una torre frente a él, pero su presencia igualaba la estatura física del otro.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó, para asegurarse de que el guerrero comprendía exactamente la naturaleza del pacto; cualquier otra situación podría desbaratar lo que intentaba conseguir quebrantando la ley de su Padre—. Desde Nikea, todo ha cambiado.

El silencio del guerrero sugería su disgusto por el plan, pero lentamente asintió.

—Hacemos esto por el nuevo Imperio —dijo el humano—. El fin justifica los medios. Estamos hablando de supervivencia.

De nuevo, silencio; después, una fina línea en la frente del guerrero que indicó una grieta en su templanza. Quería estar lejos de aquel lugar, volver a las murallas donde sus dones únicos servirían a un mejor fin. Era un pretoriano, no alguien que valiera para rondar entre sombras y hablar en susurros.

—Nuestra prioridad debe ser evitar que la flota alcance nuestra atmósfera. Si podemos detenerlos fuera, podemos derrotarlos. Horus Lupercal no debe alcanzar la muralla bajo ningún concepto.

El hombre lo miró entrecerrando los ojos, sugiriendo que ambos sabían que ese era un escenario improbable.

—Mi hermano…

Era difícil pronunciar aquellas palabras, y los labios del guerrero se contrajeron cuando empleó aquella palabra. Las atrocidades más allá de toda comprensión, el fratricidio a una escala tan tremenda, habían aniquilado el respeto y segado los lazos de hermandad entre ellos. Apenas capaz de admitirlo en su fuero interno, el pretoriano deseaba que Horus rompiera aquel cordón para poder aplastarlo frente a las puertas del Palacio. Sus manos enguantadas se volvieron puños, apretó la mandíbula, y las palabras escaparon entre los dientes.

—Alcanzará la muralla.

—Entonces debemos emplear cualquier arma a nuestra disposición. Hacer menos podría resultar en la derrota de la humanidad.

El guerrero exhaló larga y profundamente, como si pudiera expeler todas sus dudas y reservas en un único suspiro.

—No me siento conforme con esto.

—Por supuesto. Es por ello que necesito tu confianza. Es por eso que debes ser el único que lo sepa. No podemos pisar a la ligera los edictos de nuestro Padre.

—Él no es vuestro padre.

—Es Padre de todos nosotros, ¿no es cierto?

Encontrándose con la mirada del estadista, la voz del guerrero se convirtió en un susurro abisal.

—No debe saberlo nunca.

Algo se escurría por su oreja. Se deslizaba desde el lóbulo y le recorría la mejilla hasta llegar al duro suelo bajo él. Retorciéndose en el interior de su mente, los vagos ecos de una intrusión flotaban en su psique como hebras de un sueño medio recordado. Serpentinos e insidiosos, dejaban un rastro frío en su estela. Pero lo que se escurría era cálido, y lo acompañaba un aroma metálico.

Como compuertas, los ojos de Arcadese se abrieron de repente. Era sangre lo que brotaba de su oído.

Estoy herido.
Pero no podía recordar ninguna batalla en la que hubiera recibido una herida.

Ataviado con una armadura mellada, sabía que era un guerrero, lo supo en la fuerza que volvía lentamente a sus brazos, en los instintos marciales que inundaban su cerebro con acciones y contramedidas, en el latido de adrenalina que lo urgía a moverse.

Legionarios…
Cuando se apoyó en las rodillas la grieta en la ceramita de su armadura chirrió en una advertencia y sintió de nuevo el dolor de las heridas. Una llamarada agónica le recorrió el costado, furiosa y al rojo blanco. La ahogó, y se limpió la sangre del rostro cicatrizado con el guantelete antes de ponerse en pie.

—Informe de la situación.

Su voz le sonó extraña, quebradiza y áspera como falta de uso. Su instinto había emitido aquella orden. Era todo en lo que se podía apoyar Arcadese en ese momento. Se encontraba rodeado de muros de piedra, apuntalados y reforzados con adamantio. Era un lugar desconocido y familiar a la vez.

—Resistimos, lord capitán.

El guerrero que había contestado vestía una armadura de azul cobalto. Lucía la omega en su hombrera, la marca de la legión de Guilliman, la misma de Arcadese. Aquel guerrero era uno de sus hermanos de la compañía, pero no lograba recordar su nombre.

—Teniente… —logró decir, reconociendo las insignias de la armadura —ayudéme a llegar a mi puesto.

—En seguida, lord capitán.

Un trueno resonó en los confines de la fortaleza venido de los dos pares de macrocañones emplazados en las murallas a derecha e izquierda del trono de mando de Arcadese. Cada uno estaba operado por un hermano de la compañía, Ultramarines a quienes debía de conocer pero a los que no reconocía.

Sentado, con los puertos del trono de mando conectados a su armadura, intentó recuperar el sentido de la realidad, pero cuanto lo rodeaba era confuso. El *ahora* de aquel momento era visceral, tangible, pero carecía de contexto. Como piezas de una imagen apareciendo en medio de una niebla, Arcadese comenzó a ensamblar los disparatados elementos de aquella situación.
Me han herido. Una herida en la cabeza.
Más allá de la amplia tronera frente a él, se luchaba una batalla distante. Líneas incontables de infantería y columnas blindadas saturaban el campo de batalla y avanzaban en cursos de colisión bajo la lluvia de cápsulas de desembarco que caían sobre la tierra en estelas de fuego. Incluso con la vista limitada que le proporcionaba la tronera, Arcadese nunca había visto un despliegue similar.

No desde Ullanor…
Y en aquel entonces las lanzas de llamas habían sido sus aliadas, en aquellos días de guerra gloriosa en la que su propósito era justo y su enemigo claro. El rencor y la traición, las llagas de una profunda rivalidad fraternal, habían ensuciado todo aquello.

Una ola de dolor lo recorrió de nuevo, pero esta vez era una reliquia, un fantasma rescatado de la memoria, un intenso recordatorio de los implantes biónicos que componían la mitad de su cuerpo.

—Lord capitán —dijo el teniente, firme en pie inmediatamente a la derecha del trono de mando, señalando a un lado con el dedo de su guantelete.

Arcadese siguió la dirección a la que apuntaba y, como si se revelaran ante él por primera vez, vio la pila de pantallas que rodeaban la tronera central. En varias de ellas vio el orbe verdeazulado de Terra y comprendió cuán cerca había llegado la guerra. Se encontraba defendiendo la última puerta.

—La vanguardia del Señor de la Guerra ha traspasado el cordón imperial exterior —concluyó el teniente.

Los eventos se sucedían con velocidad, mucho más rápido de lo que Arcadese podía asimilar en un primer momento. Había huecos que interrumpían su sentido de la continuidad, como si fueran partes editadas del reporte previo a una misión, sólo que él estaba viviendo la misión en ese momento y no guardaba conciencia alguna de las omisiones.

La herida en la cabeza debe de estar retardando mi cognición.
Mentalmente se sacudió la idea de la cabeza.

Una flota de naves apareció en las pantallas. Vastos behemots, envueltos en blindajes de metros de espesor y encapsulados en parpadeantes escudos de vacío, repelían el inefectivo fuego de las baterías con desdén. Se movían lentamente pero sin pausa, como si se arrastraran por la oscuridad del espacio real, pero cortando el vacío de manera inexorable como un cuchillo. Las matrices de armas brillaron en sus flancos, y las lanzas de proa escupieron furiosos rayos de partículas.

—Todas las armas, concentren el fuego en la nave líder —la voz de Arcadese aún era áspera, pero la amenaza inmediata estaba afilando su mente—. Artilleros uno a cuatro, alteren sus trayectorias... —comprobó la localización de la nave sobre la atmósfera en los paneles que, como las pantallas antes, acababa de encontrar en la consola de mando— a las coordenadas indicadas.

El zumbido de los servos precedió al movimiento de los cañones. Los cargadores automáticos giraron furiosamente, colocando en posición la munición superpesada en los inmensos raíles de alimentación.

Un cuarteto de miras se alinearon en una única retícula de puntería.

A pesar de sus heridas, Arcadese apoyó las manos sobre la consola de mando y se puso en pie, desenchufándose de los cables del trono en el proceso. El verde monocromo que se derramaba de las pantallas iluminó su cara marcada por la guerra.

—¡Fuego!

Una oleada de ruido y el aroma actínico de la munición disparada acompañó a la descarga. Los arcos frontales de los escudos de vacío de la nave líder recibieron los impactos: ya bajo el asalto de un cardumen de fragatas imperiales, primero brillaron, después parpadearon y finalmente se colapsaron.

La cortina de fuego sostenida de los macrocañones marcó una línea de explosiones en la proa y el vientre del crucero, que viró como un hombre apuñalado. Abandonando su posición, se escoró sobre la trayectoria de las demás naves de su escuadra. Incapaces de contrarrestar su brutal inercia, los otros cruceros se estrellaron contra la masa de la nave líder. Un fuego silencioso rugió en el espacio, iluminándose como un faro devorado en segundos. Instantes después el reactor de la nave alcanzó la condición crítica, liberando una llamarada nuclear tan brillante como la muerte de una estrella que consumió las naves que la rodeaban. Aquello fue el fin de la flotilla, y trajo consigo la salvaje sonrisa de la cara de Arcadese que se cubría los ojos para protegerlos de aquel resplandor de muerte.

Aquel blanco como de magnesio se estaba disipando cuando la unidad de voz de la consola crepitó y la voz de un rey guerrero resonó, cortando los gritos de victoria de los Ultramarines.

—Guerreros del Arrecife Ardiente, os habla Rogal Dorn. El Señor de la Guerra se acerca y golpea nuestras puertas. Vosotros sois la vanguardia, vuestros cuerpos son sus piedras, vuestra sangre su mortero. Resistid tanto como podáis. Os honro, a todos y cada uno de vosotros, por vuestro sacrificio. Pretorianos todos, vuestros nombres perdurarán por toda la eternidad. Guardad la última puerta y hacedlo con desafió en vuestros corazones y los puños apretados. No le concedáis nada al Architraidor. Hacedle pagar por cada metro con sangre. Nos enfrentamos a él como uno, unidos por nuestra causa. En nombre del Emperador y por la supervivencia de Terra, resistid.

El mismo lord Dorn los observaba, y Arcadese acató su orden como si la hubiese dado su propio primarca.

Apartando la atención de los pecios flotantes de las naves derribadas, su mirada se encontró con el campo de batalla bajo ellos.

Cohortes de infantería, cada una de cientos de soldados, habían entrado en combate con la primera oleada de guerreros desembarcados. Incluso apoyados por una compañía de tanques, los legionarios traidores los estaban masacrando. El escarlata sobre las armaduras blancoazuladas indicaban a quién habían jurado lealtad los guerreros que los asediaban, y Arcadese ahogó el escalofrío de desesperación que acompañó a ese conocimiento.

—Han liberado a los berserkers —murmuró.

No pareció que el teniente lo oyera o que le importase. Parecía no poseer identidad, como si sólo consistiera en su propia servoarmadura.

Un visor retinal parpadeó sobre el ojo de Arcadese. Estaba sujeto a la diadema de comando que sólo en ese instante se daba cuenta de que llevaba puesta. En él apareció una sucesión de caras, los Ultramarines enfundados en armadura que lideraban cada una de las cohortes del ejército. Los nombres lo eludían, eran meros «hermano veterano» definidos por un sufijo, de alfa a kappa.

—Retroceded y consolidad las posiciones —gritó por el comunicador antes de dar órdenes específicas a cada uno de ellos.

Por secciones, los defensores comenzaron la retirada, fortaleciendo las formaciones de las cohortes restantes más fuertes y reuniéndose con las de retaguardia. Los batallones de tanques se sacrificaron valientemente para retrasar el avance de los guerreros enemigos: acabaron convertidos en cascos reventados y metal desgarrado por una cascada de proyectiles incendiarios.

—Mantened el fuego por filas —ordenó Arcadese, reorganizando sus fuerzas según lo que le mostraban la tronera central y las pantallas laterales —, no os enfrentéis directamente.

Contra los berserkers, mantenerlos lejos del cuerpo a cuerpo era la única manera de evitar una masacre.

Resistid tanto como podáis, las palabras volvieron a su mente.
Alzando la vista un momento hacia el cielo, vio una flotilla de naves imperiales asegurando el espacio aéreo. Se dirigió a sus artilleros.

—Disparad sobre sus filas, reducid su número y después aplastaremos a los que queden en pie.

Los macrocañones alteraron su inclinación en medio de una serie de sirenas que resonaron por toda la fortaleza. A través de la tronera Arcadese contempló la descarga sobre la primera oleada enemiga. La salva la arrasó, y cuando el humo y el polvo se disiparon revelaron los cadáveres apilados de los guerreros a los que una vez había considerado aliados. Sus muertes apenas aliviaban el peso de su pecho, pero devolvió el coraje a las cohortes del ejército que ahora sobrepasaban ampliamente en número a los atacantes. El campo de batalla ahora se encontraba en un punto muerto.

—Bien hecho, mi señor —dijo el teniente—. El enemigo está contenido.

A su tono le faltaba personalidad, como si aquella respuesta estuviera meramente programada.

—Por ahora, hermano —replicó Arcadese.

La unidad de voz crepitó de nuevo antes de que pudiese añadir algo más con la advertencia de que se aproximaban más naves a la región del espacio que defendían.

Una mirada a las pantallas reveló una flota mayor. Una nave en particular se destacaba del resto, liderando la formación.

El *Espíritu Vengativo*.
La nave insignia de Horus era inmensa, una punta dentada de negro sobre negro, erizada de baterías de armas, amenazante como una fiera enjaulada. Multitud de cruceros y otras naves monstruosas la rodeaban, pero todas quedaban empequeñecidas a su lado. Aquel era el instrumento de la voluntad del Señor de la Guerra en el vacío, la oscura nave que encarnaba su impío pacto con el Caos y la promesa de omnipotencia con la que doblegaría el último bastión de la humanidad a los Poderes Ruinosos. Cuando habló lo hizo a través del rugido de una matriz de armas lo bastante poderosa como para asesinar mundos enteros. El *Espíritu Vengativo* pronunció una única palabra por boca de multitud de cañones, y esa palabra era «condena».
La flotilla de intercepción imperial se disolvió en una tormenta de fuego y silencio, desintegrada como ceniza bajo un viento solar. El espacio real vibró con la violencia de aquella destrucción, con la herida que la nave de Horus había infligido sobre él.

Por primera vez, Arcadese dudó.

¿Cómo podremos prevalecer frente a tal furia desatada?
Pero era un Ultramarine, y si de algo sabía era de deber. Tenía una línea que defender, por el Emperador, por Terra y por la multitud de almas humanas que serían sacrificadas a dioses sedientos en caso de que fracasara.

—Elevad los cañones. Barred a las naves escolta. Hundiremos la nave insignia entre los cascos muertos de su propia flota.

El *Espíritu Vengativo* aún estaba demasiado lejos para abrir fuego sobre él. A tal distancia una nave de aquel tamaño con su blindaje y sus escudos se sacudiría la salva de proyectiles de los cañones como si fueran insectos. Pero el caso de las naves que iban delante de ella era distinto. Con sus máquinas a toda potencia habían adelantado a aquel goliat como depredadores menores heraldos de un leviatán de las profundidades. Arcadese esperaba crear un cementerio de naves despedazadas que el *Espíritu Vengativo* tuviera que sortear. Solamente ralentizar el avance de aquella nave sería ya una victoria.
—Mantened la cadencia de fuego —ordenó—. No os detengáis hasta que nos quedemos sin munición.

La salva apenas había durado un minuto cuando la fortaleza fue alcanzada por el disparo de una de las naves del séquito de Horus. Arcadese salió despedido en la explosión. Esquirlas de rococemento se le clavaron en la cara, atravesando piel y carne. Una se incrustó en su mandíbula, pero la ignoró. Giró en el aire vertiginosamente, fallando en su intento de agarrarse al trono de mando cuando se golpeó contra él. Fuego, humo y ruido era todo lo que llenaba sus sentidos. En algún lugar oyó un grito ahogado.

El artillero ha muerto.
Se puso en pie rápidamente, se sacudió la desorientación y escrutó a través del humo para ver sus temores confirmados. La marioneta rota de un guerrero aparecía parcialmente arrancada del arnés del arma, su cuerpo bifurcado a la altura de la cintura. La mayor parte del lado izquierdo de su cráneo estaba aplastado. El ojo que le quedaba lo miraba desde una cara ensangrentada que una vez fue noble pero que ahora era horrenda.

El teniente se había desvanecido en aquella tormenta infernal. Arcadese no sabía si el Ultramarine estaría vivo o muerto. Los escombros lo cubrían todo, envueltos en nubes de un polvo asfixiante.

Una parte de la muralla de la fortaleza se había colapsado hacia el interior, y el rugido de la batalla era ahora más intenso y cercano. El hedor de la carne calcinada y el sabor acre de las armas incendiarias llegaron arrastrándose en el aire turbulento.

Tras un breve cese, el resto de cañones reanudaron las salvas. En las pantallas resquebrajadas, sobre una imagen intermitente de estática enloquecida, la nave responsable de los daños a la fortaleza fue acribillada.

Un cuarto cañón, aún operativo, permanecía en silencio.

El *Espíritu Vengativo* estaba más cerca, apartando con su masa las naves despedazadas sin detenerse. Tenían que apuntar hacia él cuanto antes, intentar lo imposible: derribar, o al menos ralentizar, la nave que podía evaporar la fortaleza y el asteroide en el que ésta se alzaba con un único disparo de sus armas.
Arcadese se dirigió al cañón inactivo, apartó de él al artillero muerto y se sentó en la cabina de disparo.

Un punto de mira se solapó a su propia visión, su macro zoom permitiéndole seleccionar una nave específica de las que atravesaban el vacío. A través del filtro azulado de la matriz de disparo vio cómo se desplegaba una furiosa batalla espacial. Varias de las inmensas naves clase Emperador de las fuerzas leales se habían desplazado para bloquear la ruta del *Espíritu Vengativo* y su vanguardia. Brillos como de estrellas, manchas de ultraluz, indicaban cuándo liberaban el poder de las lanzas frontales.
Una enorme fragata fue alcanzada por varios rayos y explotó en una supernova, irradiando una bruma invisible de calor mortal de sus reactores ardientes.

Apuntando a un crucero que apareció en la retícula tras la estela de la nave desgarrada, subconscientemente pendiente del contador de munición en el extremo de la pantalla, Arcadese apretó los gatillos.

Un *staccato* regular martilleó su cuerpo cuando el arnés no logró absorber completamente el retroceso de aquel cañón titánico. Ningún mortal podría haber disparado un macrocañón: sus huesos se habrían astillado y sus entrañas se habrían licuado con la primera descarga. Arcadese lo soportó, gozando con la visión de los daños que había ocasionado a la popa del crucero. Derramando hombres y combustible, la nave redujo la velocidad y luchó por virar y lograr una solución de tiro para contraatacar. Otros tres macrocañones trazaron líneas de munición superpesada en sus flancos, abriendo en canal cubiertas enteras, derribando torretas y arrancando secciones completas del blindaje.
—¡Derribadlo!

Arcadese gritaba con todas sus fuerzas, descargando su frustración, consciente de que aquello no era más que un aplazamiento de su muerte y la de sus hombres.

Una reacción en cadena partió el crucero en pedazos convirtiéndolo en basura espacial flotando en un océano oscuro e indiferente, la tumba de herejes congelados y condenados al olvido.

En ese mar negro profundo Arcadese encontró y apuntó a otra nave. Sus disparos colapsaron algunos de sus escudos y destruyeron algunas torres de comunicación antes de que una mano pesada sobre su hombro lo sacase del universo miope en el que era un prisionero conforme.

—Nuestras fuerzas en tierra se están debilitando, señor.

El teniente aún estaba vivo, con la cara ensangrentada y con una herida carmesí irregular en la mejilla que goteaba sobre su cuello y la gorguera, pero vivo.

—Me encargaré del cañón, señor.

Arcadese asintió, dejándose caer del arnés para dejar sitio al teniente, y se acercó a la consola de mando.

—¿Cómo…?

Donde hacía unos momentos la batalla parecía estancada en un punto muerto, ahora los traidores se había reagrupado con sus fuerzas inexplicablemente repuestas. Estaban perdiendo otra vez. Más aún, algo más se movía entre las miríadas de combatientes. Con la piel de color rojo despellejado y los ojos negros como pedernal, exudando un aura ominosa de sus fornidos cuerpos como un vapor visceral, Arcadese no tenía palabras para describir aquellos… *monstruos*.
Falanges completas, aquellas que habían perdido a sus capitanes legionarios, huían al contemplar aquellos horrores. El fuego de bólter los barría, segándolos como trigo cosechado. Los guerreros leales que aún luchaban aguantaron unos minutos hasta que un avance a escala total acabó con su resistencia.

Arcadese activó el comunicador conectado a su oído.

—¿Con cuántos hombres contamos en la guarnición?

El teniente contestó mecánicamente.

—Cincuenta legionarios astartes y unas cien veces esa cantidad en tropas auxiliares del ejército. Os esperan en el nivel inferior, frente a las puertas.

—No he pedido que…

Arcadese renunció a terminar la frase. El teniente no lo estaba escuchando. Sus últimas palabras lo siguieron hasta la plataforma del elevador que lo llevaría al nivel inferior y a los últimos defensores de la fortaleza.

—Ha sido un honor servir a su lado, mi señor.

Su respuesta le sonó hueca, incluso falsa.

—Y al suyo, teniente.

Rodeado de sombras, con las motas de polvo trazando espirales ascendentes con el retroceso de los macrocañones, el nivel inferior era una cámara vasta y resonante. En el centro, firmes y listos para recibir órdenes en un lago de luz brillante, aguardaban unos cinco mil hombres.

Los oficiales Ultramarines destacaban entre los soldados del ejército, con sus bólteres cruzados al pecho. Cuando la plataforma elevadora se detuvo, Arcadese se dio cuenta de que llevaba puesta su panoplia de guerra al completo, incluyendo la capa y la corona de laurel. Inspeccionó a los guerreros que estaba a punto de liderar hacia su muerte tras las lentes rojizas del casco de combate. Ajustada sobre la pierna izquierda lucía una vaina ornamentada; sobre la derecha, enfundada y cargada, tenía una pistola bólter. La diadema de comando había desaparecido. Un servidor que no recordaba que estuviese a su lado cuando entró en la plataforma esperaba con la cabeza inclinada.

—Servidor, mi espada.

Al agarrar la empuñadura tuvo la impresión de que el arma le aportaba fuerza a su brazo.

—Sé cuál es mi propósito en este momento —susurró a la criatura, que retrocedió cuando Arcadese bajó de la plataforma.

No se cuestionó nada, porque nada había que pudiera preguntar o responderse a sí mismo en aquel momento. En lugar de eso, meramente dijo:

—¿Estáis listos para sacrificaros conmigo y morir en el nombre de Terra?

—¡Por el Trono y el Emperador! —gritaron al unísono cinco mil voces.

Arcadese asintió y su mirada se cruzó con el acero de los ojos de cada uno de sus guerreros.

—Abrid la última puerta —ordenó, y sus hojas se arrastraron sobre el suelo ruidosamente, dando paso a la luz y a la sangre y a la muerte…

El tiempo… *saltó*. Ya había pasado antes, pero aquella era la primera ocasión en la que Arcadese había sido consciente y podía recordar lo que había ocurrido.
Cinco mil hombres se habían convertido en quinientos, rodeados en medio de un campo de batalla por una multitud de bestias a las que habían dado forma de hombres y hombres a los que habían deformado como bestias.

Demonios todos…
Una palabra extraña y arcaica. Y aun así, apropiada.

En segundos los quinientos se convirtieron en cincuenta: sólo Arcadese y sus hermanos legionarios seguían en pie.

¿No se suponía que sería uno de los pocos que quedarían al final?
Aparte de la Hueste de la Cruzada, el resto de la legión de Guilliman estaba en Calth según los últimos informes. La incongruencia de los desconocidos hermanos de su compañía, las caras sin nombres, los guerreros carentes de personalidad, todo eso sólo asaltó a Arcadese en aquellos momentos finales.

El hedor de la carne quemada le llegó incluso a través del filtro del casco de combate cuando atravesó el pecho de un traidor con su espada de energía; con un segundo golpe le separó la cabeza de los hombros. Con el tercero bloqueó el embate de otro atacante. Dientes motrices chocaron contra adamantio sobrecalentado en la colisión de metales desgarrados. Un disparo a quemarropa de la pistola bólter arrancó parte de la cara de un berserker. Éste se derrumbó, y tras él apareció una criatura sacada del infierno.

Parpadeaba como si solamente fuera parcialmente corpórea, como si estuviese oscilando entre realidades, preternaturalmente rápida. Era furia destilada y moldeada en carne bestial. Su cabeza era cornada, y aulló con un grito resonante que sólo prometía muerte.

Muy por encima del campo de batalla una sombra se cernió sobre la cúpula de energía que rodeaba el asteroide-fortaleza como un escudo de vacío. Lentamente,

se deslizó como un depredador sobre el lienzo del espacio, eclipsando las nebulosas.

La bestia frente a Arcadese pareció crecerse aún más con la presencia de la vasta nave y con la desesperación reprimida del Ultramarine, quien la miraba viendo en ella en instrumento de su propio fin.

Cuando las primeras baterías del *Espíritu Vengativo* abrieron fuego, liberando soles en miniatura sobre el caparazón luminoso del asteroide, Arcadese aún se atrevió a creer que podrían resistir. La espada de energía chocó contra la alabarda infernal liberando una lluvia de chispas negras cuando paró uno de los golpes de la bestia. No logró detener un segundo golpe y notó un calor agónico que le recorrió el cuerpo. Riendo, la bestia bajo la vista e invitó a su enemigo a que hiciese lo mismo. Su aliento sulfuroso se derramaba sobre Arcadese como una niebla ardiente mientras el gozo del demonio aumentaba. Incrustada en el pecho del Ultramarine, medio metro de profundidad, estaba el arma infernal.
La luz moría en los ojos de Arcadese, el anillo de cobalto que había levantado con sus cincuenta hermanos de batalla estaba roto. Y en ese momento nació una nueva luz.

Abriendo las compuertas de las tremendas armas de proa, el *Espíritu Vengativo* sólo necesitaba hablar una vez más para sobrecargar el escudo de energía alrededor del asteroide.
El fuego nuclear descendió del cielo a su encuentro, bañando el mundo de Arcadese con un blanco nítido mientras este cerraba los ojos…

…sólo para despertar de nuevo, ahogándose en la oscuridad.

El sabor metálico de la sangre le llenaba la boca y no podía moverse. Tras unos segundos se dio cuenta de que estaba sujeto con correas.

Volvió a la plena conciencia lentamente. La cabeza le zumbaba como si un enjambre hubiese anidado en su cráneo, y notaba el cuerpo sin fuerzas. A juzgar por las solidas paredes, que sólo ahora lograba ver cuando por fin su vista se ajustó a la oscuridad, estaba en alguna clase de celda. Recostado boca arriba, sobre un sillón reclinado, era difícil discernir algo más. El instinto le dijo que no estaba solo.

—¿Dónde estoy?

Era vagamente consciente de una presencia tras él, pero era difusa, velada de alguna forma.

La presencia no contestó. En lugar de eso un portal de luz elíptico apareció. Dos figuras, poco más que siluetas, permanecían en el umbral.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué estoy encarcelado?

Lo habían atrapado. De alguna manera había sobrevivido al fuego nuclear y lo habían hecho prisionero.

Uno de los observadores era inmenso. El doble de alto que Arcadese, proyectaba una sombra enorme, negro sobre negro. Ataviado con una voluminosa servoarmadura, emanaba fuerza.

Horus…
Arcadese no pudo suprimir el desprecio en su voz.

—Ejecútame ya, monstruo, y no pierdas más tiempo.

Fue la otra figura, mucho más estilizada, más baja y envuelta en una túnica, la que respondió.

—Aquí estás a salvo, hermano Arcadese —dijo, con un tono educado y señorial.

—Entonces liberadme.

El gigante en armadura dejó el portal de luz, desapareciendo en algún lugar del fondo donde Arcadese no podía verlo.

—No puedo.

—Soy un legionario, capitán de los Ultramarines, y si no soy un prisionero de guerra a bordo de esta nave me dejaréis marchar.

—No estás en una nave, Ultramarine.

—¿Entonces dónde…?

—Eso no es importante. Lo importante es que estás muy cerca de pasar la prueba y volver al servicio activo.

Una expresión de incredulidad recorrió la cara de Arcadese.

—Ya lo estaba, a cargo de la defensa de una fortaleza del Arrecife Ardiente. Sólo…

Sus recuerdos parecían brumosos, le era difícil seguir su propia línea de pensamiento.

—¿Lo estabas? ¿Es ahí donde has estado todo este tiempo? —preguntó la figura de la túnica.

La incredulidad se convirtió en ira.

—¿Qué es lo que ocurre? —tiró de las correas que lo mantenían sujeto—. ¿Y por qué estoy atado? Morí…

—Sólo en tu mente. Y las correas son por tu propia seguridad.

—¿Pero cómo…? —como una llamarada de comprensión, la verdad se le reveló—. No estoy solo. Hay un psíquico conmigo, uno de los nuestros.

—¿«Uno de los *nuestros*»? —la figura no pareció reparar en el todo de disgusto en la voz de Arcadese.
—Un bibliotecario —dijo sin emoción pero con un tinte de consternación—. Husmeando en mis recuerdos, implantando escenarios… ¿De qué otra manera podríais haberme implantado pensamientos, forzado imágenes en mi psique y hacer que parecieran tan reales? ¿Qué hay del edicto de Nikea? ¿Qué hay de la voluntad del Emperador?

—Todo ha cambiado. La necesidad nos fuerza a veces a un compromiso, a tomar decisiones duras. Tenemos que estar seguros. Espero que puedas entenderlo.

Arcadese encontraba difícil controlar su ira y su indignación.

—¿Seguros de qué?

—De tu habilidad para hacer sacrificios, responder bajo presión y hacer cuanto sea necesario por el bien de tu misión, incluso si eso significa perder una batalla o la vida. Has estado alejado de primera línea de combate durante muchos años. Incluso en Bastión no eras más que un guardián.

Bastión… Heka'tan murió allí. La cara del Salamandra cuando cayó al fuego aún me persigue.
La figura de la túnica continuó.

—El entrenamiento debe ser duro con el fin de probarte suficientemente.

—¿Por eso estoy sangrando y atado a esta silla?

—Los escenarios implantados por el bibliotecario son potentes, tienen que parecer reales. Como efecto secundario a veces se manifiestan síntomas físicos en simpatía con las experiencias mentales. Aquí no hay que no sirva a los más altos fines del Imperio.

—¿Entonces por qué os escondéis en las sombras?

—La oscuridad ayuda en el proceso. Aparte de eso no importaría que no lo hiciéramos.

—¿Y el ataque?

—Aún no ha ocurrido, pero la flota del Señor de la Guerra podría emerger de la disformidad en cualquier momento. Tenemos que estar preparados, por lo que no hay tiempo para un entrenamiento indefinido. Emplear a los bibliotecarios nos proporciona respuestas inmediatas.

La mueca en la cara de Arcadese constataba que no estaba de acuerdo, pero que no podía mantener más su ira. La inconsciencia se arrastraba por la periferia de su visión y una sensación de pesadez parecía hacerse con él.

—Lo siento —dijo la figura con un genuino tono de pesadumbre.

—¿Por qué? —murmuró Arcadese medio dormido.

—Por lo que tengo que hacer ahora.

Arcadese se desmayó en la silla, sus ojos parpadeando mientras caía de nuevo en la irrealidad.

La figura asintió dirigiéndose al bibliotecario que permanecía tras el Ultramarine, sobre cuya cabeza mantenía una mano serena. Un nimbo de energía era visible en la capucha psíquica que llevaba puesta.

—Gracias, hermano Umojen.

—Lord Sigilita.

Cuando regresó a la cámara de observación, Malcador se encontró con la mirada acerada del gigante en armadura.

—¿Le lavaréis la mente? —preguntó el guerrero.

Unos pesados engranajes resonaron cuando una grúa magnética alzó la celda y la colocó sobre un raíl antigravitatorio. Lentamente la celda fue alejándose, revelando un túnel donde reposaba una segunda celda, y una tercera, y una cuarta…

—Me ocuparé de ello personalmente —contestó el Sigilita—. Deberíais alegraros, lord pretoriano. Arcadese será un comandante perfecto para el Arrecife Ardiente.

Una imagen hololítica dominaba gran parte de la cámara y el gigante guerrero se aproximó a ella, pensativo. La imagen mostraba la lenta rotación de Terra y los cientos de asteroides de defensa que ahora la rodeaban.

—Aún así, no creo que sea suficiente.

Malcador suspiró.

—No, no lo será. En cada escenario proyectado, Horus atraviesa el Arrecife —hizo una breve pausa—. ¿Aprobáis al capitán Arcadese?

El guerrero exhaló un largo y triste suspiro.

—Repetid la prueba —dijo, apartándose del hololito—. Repetidlas todas de nuevo.

La grúa magnética esperaba. En el túnel se divisaban cientos de celdas, los sujetos bajo trance psíquico, atendidos por bibliotecarios de diversas legiones traídos a Terra por Garro y sus hermanos. Malcador podía sentir los pensamientos de cada uno, oír el distante psicoeco de las batallas en sus mentes. Él mismo había soñado el asalto a Terra muchas veces. Y ninguna de aquellas visiones oníricas acababa bien.

—Como ordenéis, lord Dorn.

Cuando despertó, Arcadese notó la sangre que se escurría por su cara. Estaba herido, en la cabeza, pero no podía recordar ninguna batalla en la que hubiera recibido una herida. Una fortaleza lo rodeaba, y el retumbar de las piezas de artillería en las paredes lo trajo de vuelta de la inconsciencia.

Poniéndose en pie, vio a un hermano de batalla al que no reconoció.

—Teniente —dijo, reconociendo las insignias del Ultramarine—, informe de la situación.

FIN DEL RELATO